



EL CENCERRO

Cencerrada 175

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de San Dimas, 17, tercero

MADRID.—1900

¡CATAPLUM!

—¡Anda la órdiga! y qué batacazo ha dao *Narvaez II*, ó sea el *almirante* de guardarropía conocio por *Silvela*. Toas las vergüenzas las ha echao al aire, y con seguridá no güelve á levantar más la jeta.

—No te entusiasmes tanto, hermano *Liberto*, pues ya sabes que aquí el político más desacreditado se rehabilita á los dos meses de estar caído.

—Sí señor, pero eso sucede con los que

son pillos, pero no con los que son tontos de capirote. ¿Ha visto osté na más insustancial, ni más voluble ni más mamarracho que el tal *Sinvela*?

—Yo me temo, hijo mío, que *Silvela* ha estado siendo objeto de los manejos jesuíticos desde que llegó al poder con el general cristiano. Aquí hay un poder oculto que todo lo dirige y lo trastorna todo cuando le conviene, y ese poder debe tener por cabeza al Papa y por brazo á los jesuitas, que hoy por hoy son aquí omnipotentes.

—Pus lo que hay que hacer es enviar á escardar á toos los extranjeros. ¿Qué tenemos nosotros que ver con el Papa, ni con *Trampolla*, ni con los jesuitas, ni con los frailes que han venío de fuera?.. ¡Como si no tuviéramos de sobra con los tiburones españoles!

—Es verdad, hombre, es verdad. Pero volviendo al pobre Silvela...

—¡No le llame osté probe á ese mamarracho! Si él hubiera sío hombre de *pesqui* no se la habrían dao con el Linares ni el Waile; dos personas distintas y dos fracasasos completos.

—¡Y qué quieres, hombre! Aquí estamos condenados á vivir en eterno fracaso, y por eso sin duda se echa mano de personas experimentadas.

—Lo raro es que después de haber sido ellos la causa de la crisis, los haya dejao en sus puestos el hermano Marcelo.

—Eso te probará que entre jesuitas debe andar el juego. Lo que ha pasado en esta ocasión constituye un lío que nadie puede explicarse cuerdamente.

—Tenía que suceder así. ¿No ve osté que durante veinte meses ha estao viviendo el gobierno sin patas ni cabeza? Pus tenía que acabar así; de cabeza.

—Dios quiera que este que ahora tenemos lo haga mejor.

—Este no oye la misa del gallo. ¿No ve osté que ca mochuelo anda por su lao?

—Pues entonces ¿qué va á venir aquí?

—Por lo pronto *don Oppas*; después el diluvio, y á continuación la Niña, que será nuestra verdadera salvación y el terror de toos los tunos.

—Pues *¡sursum corda!* hermano Liber-to. Celebremos el batacazo de Silvela como justo castigo á sus majaderías.

—Celebrémoslo, nostramo; pero démonos prisa, no sea que tengamos que celebrar al mismo tiempo el del hermano Marcelo, y salga yo perdiendo una *jumera*.

UN GENERAL BEATO.

Dicen de Pamplona que el general don Braulio Ordóñez se sentía morir de pena por haber incurrido en *excomunió mayor*, al batirse con el *Capitán Verdades*, y queriendo quitarse de encima aquel mochuelo, apeló á los obispos de Pamplona y Sión, para que le sacaran de aquel apuro, como en efecto lo hicieron con mucho gusto y fina voluntad.

Porque es lo que dirían los obispos:

—Mientras tengamos generales que se asusten de las excomuniones, iremos bien en el machito.

Y lo que dirá España:

—Así perdí yo mis colonias.



*Mater dolorosa,
Mater admirabilis,
protege á Vadillo
y salva á Pidalis,
para que nosotros
comamos de carnis.*

En la hoja de servicios del general Weyler debe anotarse el que acaba de prestar al país, consciente ó inconscientemente, echando á Silvela al carro de la basura. ¡Vaya una calamidad que nos ha quitado de encima!

El canalla del santo.

El peregrino de Pamplona de quien nos ocupamos en nuestro último número, era conocido en aquellos pueblos por el *santo de la cueva*, y según dice *El Porvenir Navarro*, ejercía su *santidad* del modo siguiente:

«Parece que el criminal, el *santo de la cueva*, hacía subir á su mansión tres niñas cada domingo para consagrarlas á la Virgen; encerraba dos con llave en su madriguera, y la tercera, la que mejor le parecía, se la llevaba al oratorio, y allí le rodeaba el cuerpo con un rosario grande, le tapaba la cara con las sayas y... omitimos los demás detalles que nos dan.»

¡Qué bandido! Y creer y pensar que ha podido fugarse ese bribón sin que aquellas gentes le pegasen cuatro tiros!

Pues aún queda lo mejor.

El cura y el alcalde de Yesa, que es sacristán al mismo tiempo que alcalde, hicieron que el *santo* se largara de la cueva cuando vieron descubierta su *santidad*, haciéndose así cómplices de las fechorías de aquel malvado. Pues bien, á los pocos días de haber puesto el *santo* piés en polvorosa, subió el cura al púlpito y dijo, según el mismo *Porvenir Navarro*:

«Que le pesaba haber despachado al penitente: que era un santo: que lo que había hecho no era nada: que Dios permitía esas cosas, y que desgraciado del padre que se quejara y dijera nada; que pronto vendría un castigo celeste sobre este pueblo.»

¿No es verdad que parece mentira que en una nación que pasa por civilizada se toleren semejantes blasfemias? ¿Ha cogido la guardia civil al *santo*? ¿Ha cogido al cura que aboga por él y al alcalde que lo protege y encubre?

Pues si no los ha cogido... apaga y vámonos.

Querido Liberto: En mi afán de darte noticias de lo que pasa en este pueblo de Los Barrios, te participo que ya tenemos reloj para saber la hora, gracias al celo del teniente alcalde señor Castro, y que los concejales señores Cabello y Rodríguez Ortega, han reformado el depósito de cadáveres, pues antes permanecían estos á la intemperie, y ahora estarán bajo techado. También se ha realizado la compostura del puente que conduce á Algeciras desde esta villa.

Ya ves, Leguito, que algo es algo.

Tuyo siempre,

EL CORRESPONSAL.



—¿Has oído tú hablar del general Linares, maño?

—¡Otra que Dios! Pus si lo hemos tenido en Zaragoza.

—Yo creí que no era el mismo. Como se rindió en Santiago de Cuba y eso no se ha aclarao todavía, me figuré que no lo podrían hacer menistro.

Dos cosas hay en Madrid que relucen más que el sol: la nariz de Sánchez Toca y el peluquín de Campóo.



LOS PATRONOS, EL LEGO Y LOS OBREROS.

En la eterna disidencia
entre patronos y obreros
ha sido nombrado árbitro
el insigne Fray Liberto,
y reuniendo á las dos partes
y colocado él enmedio,
empieza el juicio final
en éstos ó en otros términos:

—Diga, señor Culebrón,
cuáles sean sus derechos.

—Pues has de saber, leguito,
que lo que pretenden éstos
es cobrar sin trabajar
y andar siempre de jaleos;
y yo, que tengo la *quita*,
no me conformo con eso.

—¿Y qué dices tú, Juan Paga?

—Pues que nada de eso es cierto.
Lo que pretende el *burgués*
es explotar al obrero
y hacerle sudar el quilo
días y meses enteros,
sin darle ningún descanso
ni pagarle si está enfermo.
Son insalubres las fábricas,

son los trabajos inmensos,
son los jornales raquíticos
y es inacabable el tiempo.

—¡Basta! replica el leguito:
hay que buscar un remiendo
que deje bien al patrono
y favorezca al obrero.
Desde hoy durará el trabajo
ocho horas.....

—No lo acepto.

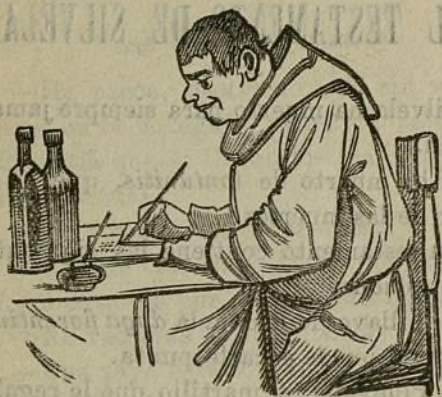
—A cada trabajador
se le ha de aumentar el sueldo
con arreglo á las ganancias
que tenga el amo.....

—¡Protesto!

—Las mujeres y los niños
trabajarán mucho menos
y se les dará instrucción
y un jornalito muy bueno.

—¡Primero cierro la fábrica
que hacer caso de este lego!

—Pus sepa osté, señor mío,
que de no oír mis consejos,
será fácil llegue un día
en que se le tiente el pelo.



Carta de Fray Liberto al hermano Marcelo.

Hermanito: Por segunda vez y por casualidad se encuentra osté dueño de este cotarro, y aunque me güelo que no va osté á calentar mucho el asiento, no puedo menos de dirigirle estos cuatro renglones pa decirle que debía osté coger la mochila y marcharse á su casa desde luego, pues por un lao no le dejarán á osté vivir los jesuitas, los frailes y las monjas, pretendiendo que lo convierta osté tóo en sustancia pa ellos; y por otro, le van á proporcionar á osté mil disgustos Linares y Wayle, envalentonaos como están por haberse salio con la suya echando á Sinvela patas arriba.

¡Ay, hermanito Marcelo! La situación de osté es ahora mucho más climatérica que la otra vez. Si cuenta osté con el apoyo de Sinvela, está aviao. Cuando él no ha podío sostenerse, calcule osté cómo podrá sostener á los demás. En cuanto se abran las Cortes, si vive osté todavía, ¡adiós presidencia y adiós mochila!

Osté tiene fama de sacristán, pero de sacristán honrao, caso raro en la clase, y por esta razón quisiera yo evitarle las amarguras que le esperan, y en este sentido le aconsejo que deje la carga que se ha echao osté encima y se vaya á su casa inmediatamente.

No le digo na respecto á las reformas que podía osté hacer, porque eso es superior á sus fuerzas y no le dejarían tampoco dar un paso.

Conque haga osté lo que quiera, y elija entre irse á su convento en paz y gracia de Dios, ó caer de cabeza como Sinvela.

Le saluda melitariamente,

FRAY LIBERTO.



—¡Caspitina qué frío hace!... Si yo le quitara la capa á ese transeunte, me encontraría yo como Linares y él como Sinvela.

A los periodistas que tienen la costumbre de ir á Palacio á recoger noticias, los ahuyentaron á culatazos la otra tarde los centinelas.

Me alegro mucho.

Que hagan lo que yo, y se librarán de esas arremetidas.

Nueve son, como las musas, los ministros que tenemos ahora, suponiendo que Azcárraga encuentre quien quiera serlo de Marina.

Del naufragio de Silvella se han salvado Vadillo, Allendesalazar, García Alix, Aguilar de Campóo y Linares, que fué quien trajo las gallinas.

Y son nuevos en la plaza Ugarte, Sánchez Toca y el desconocido marino.

Presidida toda esta gente por el reverendo Marcelo, ¡calculen ustedes los milagros que pueden hacer!

El mejor día van á salir diciendo que

se les ha aparecido la Virgen, como la iluminada de Lorqui.



CANTARES DE FRAY LIBERTO

El *almirante* Sinvela
nos ha hecho ver con su tumbo
que tiene menos de sabio
que de estúpido.

Dicen que el hermano Azcárraga
va á uniformar el ejército
con la capucha del fraile
y la sotana del clérigo.

A mi general cristiano
le han largado otro camelo.
Por lo visto nació el hombre
para hacer siempre el mochuelo.

Ocho acólitos teníamos
antes en el ministerio,
y ahora tenemos nueve.
Fuera de los nueve, cero.

Ya murió Silvela,
señá Valeriana;
vengan las escobas
y el cubo del agua,
porque es insufrible
la peste que exhala.

EL TESTAMENTO DE SILVELA.

Silvela ha muerto para siempre jamás,
amén.

Y ha muerto de *tontunitis*, que es la
peor de las muertes.

Su testamento contiene las siguientes
disposiciones:

A Villaverde le deja la *daga florentina*,
por si él puede sacarle punta.

A Polavieja, el martillo que le regala-
ron en Bilbao, para que machaque con
él al general Weyler que le sopló la dama
de la Capitanía.

A Pidal, el uniforme de *almirante* pa-
ra que se pavonee por el Vaticano, si va
al fin de embajador junto al Papa.

A Dato, los quevedos, para que vea
más otra vez y no ponga á nadie en el
compromiso de tener que salir de la Pre-
sidencia por la ventana.

A Azcárraga un escapulario que le re-
galaron este verano las galleguitas de
Vigo.

A Sagasta, una ancla de oro en forma
de alfiler de corbata, por si se siente ma-
rino alguna vez, ó por si tiene que em-
barcarse deprisa y corriendo huyendo de
la quema.

Al director de *La Época*, la pluma de
ganso con que escribió contra Cánovas.

A Vadillo, la *Vida de Santa Teresa*.

Al Padre Montaña, un cuerno de ca-
za, y

Al Duque de Tetuán, un cordón de se-
da por si quiere ahorcarse con él.

Por no tener dinamita á mano, no
dejó nada á Weyler ni á Romero Ro-
bledo.

Silvela se ha cortado la coleta

y Minuto también;

éste se ha retirado con aplausos
y entre silbas aquél.

LAS CINCO ESPADAS.

—Me parece, nostramo, que me voy á meter en la bodega y no voy á salir de allí distiá que se lleven los malos al gobierno actual.

—¿Y por qué vas á hacer eso?

—Porque con cinco espás que hay en el gobierno no pue acabar esto bien.

—No veo esas cinco espadas.

—Pus vaya osté contando: la del hermano Marcelo, una; la de Santiago de Cuba, dos; la del marino, tres; la de Alix, cuatro, y la de Urgarte, cinco.

—¡Ta, ta, ta! La de Alix y la de Urgarte ni pinchan ni cortan. Ya has visto lo que ha dicho éste: que nunca la ha desenvainado.

—Sin embargo, yo me escamo con tantas espás. Y luego que Vadillo, Allende-salazar, Sánchez Toca y Aguilar de Campóo, es posible que gasten navajas de Albacete...

—¡Ave Maria Purísima!

—¡Na, na! que no me fío de la gente armá.



Cuadros como este en Galicia
vió Silvela más de mil,
y aún estaba recordándolos
con tierno y dulce sentir,
cuando otro le expuso Weyler
y le aplastó la nariz.

Con la última salida del general Weyler, se ha quedado Sagasta sin ministro de la Guerra.

A no ser que el señor Mateo le haya

autorizado como á León y Castillo, para que pueda participar de la menestra conservadora.

Pero si eso fuera así

quedaría demostrado

plenamente, que es el jefe

igual que el subordinado.



Dicen que los del orden
no tenemos carácter.

¡A ver si hay algún rata
que al verme no se espante!

El ministro de Gracia y Justicia ha reconocido que con motivo de las romerías se aumenta la criminalidad en España.

Y un periódico se extraña de que en vista de eso, no se haya apresurado el expresado ministro á prohibir las romerías.

Pero eso debe consistir en que á la vez que el aumento de la criminalidad, ha debido notar el marqués de Vadillo el aumento de la población, pues son pocas las romeras que no dan algo de sí á los nueve meses de haber visitado al Santo.

Y acaso por eso no se haya decidido á prohibir las romerías.

EL CURA Y LOS PAVOS.

El cura de Tajonar, provincia de Navarra, vió días pasados que, desplegado en guerrillas, avanzaba hacia dicho pueblo un regimiento que estaba haciendo ejercicio militar.

Apenas se dió cuenta de lo que pasaba, cuando echó á correr detrás de una manada de pavos de su pertenencia y los encerró en la casa, temeroso de que los soldados se los robaran.

Cuando llegaron estos, fué inútil que llamaran á ninguna puerta, pues con el ejemplo del *pater* todos los vecinos se encerraron en sus casas y no hubo medio de convencerles para que abrieran.

Si hubiera sido una partida carlista, le habría faltado tiempo al cura para ofrecerle los pavos y algo más.

A los soldados sin duda
detestan los cucarachas,
por los palos que les dieron
en las nalgas.



Estos sacristanes
lograron *pillarla*
en obsequio al triunfo
del hermano Azcárraga.

No hace mucho dijo el general Weyler que sólo Sagasta tenía más talla política que él, y por consiguiente que no se sometería á nadie más que al bueno de don Práxedes.

Pero ¡anda morena! en cuanto Linares le enseñó el *higui*, le faltó tiempo para cogerlo.

¡Buena está la talla de don Valeriano!

Reformado el ministerio
con tapas y medias suelas,
hay quien cree que durará
siete semanas y media;
pero según yo barrunto
y el rumor que por ahí suena,
mucho antes de ese tiempo
tendrá que tomar *soleta*.

PASATIEMPOS

CHARADITA

Segunda prima está el tiempo
y el ministerio también;
la *tercera* es un gran río
y el *todo* se baña en él.

FUGA DE VOCALES

P. r. n. t. n. r. l. S. l. v. l.
s. n. t. d. n. c. s. l. g. n.
l. . c. h. r. n. p. t. s. r. r. b.
l. s. f. r. c. s. d. s. d. C. b.

Solución á las anteriores.

A la charada: *Catalina*.

A la fuga de vocales:

Porque visita á Consuelo,
cierto reverendo padre,
diz su novio que no pasa
por do está pasando un fraile.

EL CENCERRO

PERIÓDICO POLITICO SATIRICO

Da una cencerrada por semana á los ministros y demás hermanitos que chupan del país. Cuesta la suscripción 1 peseta trimestre, 2 semestre y 3,50 un año.

La mano para los vendedores y corresponsales, 75 céntimos.

MADRID.—Imp. de Felice Márquez, Madera, 11. bajo